

Antón Pirulero



¿Qué fue primero, el juego o el juguete? Es natural que lo primero que hace un niño es jugar, independientemente de que tenga o no a su alcance un juguete. Primero, fue el juego, y luego vino el juguete. Para jugar, lo único que hace falta es imaginación y ganas de jugar. Y ambas cosas las tiene un niño, exista o no un juguete.

Sabemos que en el mundo de los adultos, el juego ocupa esa porción de tiempo que llamamos ocio, es decir, las horas no dedicadas a la producción de bienes. En el mundo de los niños, sobre todo en su primera infancia, el “tiempo del juego” se confunde con los otros tiempos que dedica a dar satisfacción a sus necesidades vitales.

En la noche de los tiempos del hombre de las cavernas, el niño del Paleolítico tenía que dedicar casi toda su jornada, al igual que sus progenitores, a la búsqueda de alimento. Con el descubrimiento de la agricultura, el hombre se hace sedentario y puede dedicar algún tiempo a otras actividades que no fuesen meramente productivas. Es en este momento cuando el niño puede practicar actividades lúdicas que no sean jugar con su propio cuerpo, buscar comida o dormir.

Los niños jugaban, tanto en época de los faraones como de las antiguas Grecia y Roma, a imitar a sus mayores. Por eso, en una sociedad completamente militarizada, los pequeños “jugaban” a soldados. Los niños de las familias ricas de Egipto, Grecia o Roma tenían lujosas vestimentas en las que se reproducían con todo detalle los trajes de los soldados o de los gladiadores. Tenían, asimismo, caballos de madera, que, a veces, eran simple palos con una cuerda a modo de riendas como los que utilizábamos otros niños en la primera mita del siglo XX, miles de años después de aquellos otros niños de la antigüedad clásica. En el Museo del Louvre, de París, hay un sarcófago romano en el que se puede ver a un niño subido a un carrito que va uncido a un animal, al estilo de los aurigas que corrían en el Circo Máximo.



Además de los juegos militares, había otros juegos como el aro, la pelota y las muñecas, que han sobrevivido a lo largo del tiempo. Los niños de Grecia o Roma, ya jugaban con aros o con pelotas hechas con trapo o con tiras de cuero. Las muñecas eran de madera, marfil o ámbar, tal como han aparecido en las tumbas de niñas romanas localizadas en Tarragona o en Ontur (Albacete). Otros juguetes propios de esa época eran la peonza, las tabas, los dados y las canicas. También eran frecuentes los juegos con marionetas, el escondite y el de la gallinica ciega, que recibía el nombre de “muinda”.

Mientras que los niños de las antiguas Grecia y Roma jugaban a soldados o con el aro o las tabas, las niñas imitaban en sus juegos a sus madres. Sin embargo, en Esparta, las niñas, además de jugar con muñecas, practicaban juegos y deportes como carreras y lanzamiento de objetos.

La Edad Media supuso para el niño un retroceso en el campo del juego. Las niñas, tanto en las aldeas como en los castillos eran preparadas para la realización de las tareas domésticas, sin apenas tiempo para jugar; mientras que los niños hacían otro tanto pero referido a la vida militar o al cuidado de los animales. Sería en el Renacimiento cuando el juego infantil volviese a recobrar la importancia que tuvo en la antigüedad clásica. Pensadores humanistas como Tomás Moro, Luis Vives y Erasmo consideraban el juego como una actividad importante para el aprendizaje y el desarrollo intelectual del niño: *pues jugando, incluso el niño puede aprender* (Antonio de Lebríja).

No obstante, no en todos los lugares, en la Edad Moderna, el juego infantil era considerado como algo positivo para el desarrollo del niño. En la Europa calvinista, el juego infantil era puesto como ejemplo de vagancia, de lo que no debían hacer los adultos.



En los siglos XVI y XVII la calle de los pueblos y aldeas era el lugar preferido para jugar. Existe un cuadro famoso titulado "Juegos de niños", en el que el pintor holandés Pieter Bruegel "el Viejo" representa a un conjunto de niños en una plaza de una ciudad flamenca realizando ochenta y seis juegos distintos: saltando a la piola, jugando a la pelota, jugando al escondite, jugando con el aro, contando adivinanzas... Juegos, en definitiva, como los que practicaban niños españoles hasta los años setenta en nuestro país.

El proceso desmesurado de urbanización e industrialización que se ha experimentado en el último tercio del siglo XX ha hecho que en la actualidad, en los primeros años del siglo XXI, el juego popular infantil, sobre todo el que se realizaba en las plazas y calles de nuestros pueblos, tristemente ha desaparecido. Ahora, es raro que encontremos niños y niñas jugando a la comba, al escondite, al tranco, al reloj de los esqueletos, a la rayuela, al correcales, al churro, media manga y mangotero, a los rompes, a las chapas... El tráfico, la televisión y la sobrecarga de actividades extraescolares han influido, junto con otras causas, en la desaparición del juego de calle.



Todos esos juegos de calle desaparecidos, se pueden ver en la sala dedicada a los mismos, así como las "aleluyas" de juegos infantiles tradicionales que se muestran en un expositor central, y en las que se pueden ver dibujos y textos de finales del siglo XIX sobre algunos de esos juegos que han pasando de generación en generación, a veces con el mismo nombre y otras con distinto.